

A la busca  
de Borges,  
Proust,  
Fernando  
González,  
Kafka y  
Rufo.



Frank David Bedoya Muñoz

Recopilación de mis ensayos  
sobre los escritores que  
he perseguido con más  
pasión.

\* Las caricaturas de la portada: Borges, Kafka y Proust de Fernando Vicente, Fernando González de Elkin Obregón y Rulfo de mi propia mano inspirado en la pintura de Oswaldo Guayasamín.

## Índice

	Pág.
1. Borges y Proust. O los tortuosos caminos de un escritor.....	4
2. Carta de un ateo a Fernando González.....	12
3. Un diálogo con Franz Kafka.....	16
4. ¿Cómo era «realmente» Juan Rufo?.....	25

## Borges y Proust. O los tortuosos caminos de un escritor.

No voy a referirme directamente a los contenidos de las obras completas de Jorge Luis Borges y Marcel Proust, sino a las biografías excelsas que existen sobre ellos y que tuve el privilegio de conocer. No se trata aquí de hacer un análisis literario y crítico de sus obras, sino de evocar algunos episodios relevantes y los caminos recorridos para escribirlas. No pretendo hacer un resumen de sus vidas, el lector que quiera saber más de ellos debe leer sus biografías, acá simplemente tomo algunos retazos de una colcha remendada que se llama amor.

Sin temor a exagerar creo que es posible afirmar que tanto las obras de Borges como las de Proust esencialmente —no únicamente— son el resultado tortuoso de dos hombres que infatigablemente esperaron durante toda su vida, el momento prodigioso donde encontrarían a alguien que los pudiese amar. La espera fue tan desoladora que para sobrevivir se dedicaron a escribir.

### Jorge Luis Borges

En el prefacio de la biografía Borges una vida Edwin Williamson cita una repuesta que dio Borges en una entrevista, y que en mi concepto, es la mejor clave para descubrir su alma: “Yo creo que como me pasé la vida pensando en mujeres, al escribir he tratado de pensar en otra cosa. [...] Claro que esto es freudiano”. Tales pensamientos no fueron precisamente de satisfacción sino de continuas frustraciones, puesto que a Borges le sería otorgada la felicidad del amor tardíamente en su vejez.

Los libros para Borges serían lo más esencial de su existencia, pero ellos desde el principio, fueron un refugio y una salvación, situación que no siempre fue muy cómoda, sobre todo al principio. “Desde muy joven me avergonzó ser una persona dedicada a los libros y no a la vida de acción”.

Borges pasa su infancia en la biblioteca de su padre, el hecho capital de su vida, como él mismo lo expresó en su Autobiografía. Allí nació su sueño de ser escritor, luego saldría al mundo a estrellarse con la dura realidad, es decir, con el amor no correspondido de alguna mujer. Su biógrafo relata que Borges termina sus días de la juventud esperando a una mujer, “esperando descubrir si podría encontrar aún la salvación como escritor o se vería condenado para siempre a la nadería del yo”.

Finalmente Borges encuentra su salvación en la escritura, poco a poco, en su búsqueda de su identidad, en su preocupación por descubrir la esencia de Argentina, se va convirtiendo en el más grande escritor de su tierra. Ya publica, y es reconocido en el mundo literario, pero aún le sigue suplicando a una mujer: “Puedo darte mi soledad, mi oscuridad, el hambre de mi corazón; estoy tratando de sobornarte con incertidumbre, con peligro, con derrota”. Borges ya está escribiendo y de qué manera, pero “sin el amor de una mujer —pensaba— no podía haber esperanza de encontrar la salvación por la escritura”.

Muchos años después otra mujer lo dejó, era tal su turbación que en un poema expresó: “Mis instrumentos de trabajo son la humillación y la angustia; / ojalá yo hubiera nacido muerto”. Y más adelante en una entrevista en un tono menos dramático, expresó: “Me han dado la desdicha esa tarde, y sin embargo eso no me convierte en un gran poeta”.

Sí lo era, su fama crecía proporcionalmente a medida que crecían sus frustraciones sentimentales, ya comenzaba a ser reconocido en muchas partes del mundo. En una ocasión —nos relata Williamson— Borges “había recibido la invitación de enseñar en la Universidad de Texas, había esperado que hubiera más chicas que muchachos en sus clases, pero «de inmediato me avergoncé de mis pensamientos, como si hubiera imaginado algo pecaminoso»; y sin embargo «es tan poderosa la magia femenina», observó, mientras se lanzaba a volcar alabanzas sobre el sexo opuesto: «¡Qué encanto las mujeres! ¡Qué agradable es escucharlas cuando hablan! ¡Qué misteriosa fuerza deben poseer para hacer interesante todo cuanto las rodea!». Pero su mala suerte con ellas no parecía

cambiar —más adelante agrega Williamson— “la historia de sus fracasos en el amor había seguido repitiéndose como burlas cada vez más crueles de manifestaciones anteriores”.

Borges se envejeció y se quedó ciego en estas circunstancias, ahora era un gigante de las letras. En mi opinión, después de Proust el escritor más importante del siglo XX, ya era reconocido por todo el mundo. Ya viejo, y aún su madre se interponía en su búsqueda de la felicidad con otras mujeres. Finalmente con gran resignación y sin amor, Borges se casó con una mujer que no quería, tan sólo por eludir la soledad. Como era de esperarse este matrimonio no duró.

Pero, por fin el azar de la existencia le deparó a Borges, después de tantos rechazos y sufrimientos, la felicidad: María Kodama una discípula “jovencita prolija, sobria, de blusa blanca y falda sencilla” que le ayudaba a leer y a descifrar sus textos anglosajones. Borges se enamoró locamente y escribía para sí mismo: “Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo. [...] El nombre de una mujer me delata. / Me duele una mujer en todo el cuerpo”. No voy a narrar la historia de este gran amor entre María Kodama y Borges, sería absurdo, para eso está la última parte de la biografía que realizó Williamson que con gran acierto la tituló El amor recobrado. Basta decir que Borges fue correspondido y de la manera más sublime por María Kodama, quien le hizo sentir a Borges en los últimos años de su vida el placer que quiere eternidad.

Williamson en este capítulo nos hace el recuento del periplo amoroso de Borges, veamos: “En la mitología personal que había inventado [Borges] a lo largo de los años, Norah Lange representaba la Beatriz original para su Dante; era ella quien en 1925-26 había sido su encarnación del Aleph, el principio unificador supremo, el número que abarcaba a todos los demás. Y fue entonces cuando había concebido la idea de la salvación por la escritura: la creación de una obra maestra que destilaría la esencia de su vida y así justificaría su existencia. Después de que Norah lo rechazara por Oliviero Gironde, experimentó las agonías del infierno personal, pero en 1940 se había enamorado de Haydée Lange, la «nueva Beatriz» que le ofrecería la salvación que Norah le había negado. Ése fue el

período que bajo la influencia de Dante, empezó a componer El Congreso, la obra maestra que había esperado que pudiera salvarlo como escritor. Haydée Lange, sin embargo, también había rechazado a Borges, así que trató de encontrar otras mujeres que desempeñaran el papel salvador de su «nueva Beatriz». Había buscado llenar ese rol con Estela Canto, Cecilia Ingenieros, Margarita Guerrero, y sin duda otras, también, pero falló con todas ellas; su vida en consecuencia, se había cerrado sobre él, y hasta su tardío casamiento con Elsa Astete terminaba en fracaso. Sin embargo, la separación inminente de Elsa abría una vez más la perspectiva de realizar el proyecto dantesco de la salvación, aun cuando todavía no había descubierto si su nuevo amor, María Kodama, aceptaría convertirse en la «nueva Beatriz» en su vida”.

En esos días, Borges escribió su Autobiografía y terminó el texto con estas palabras: “Ya no considero inalcanzable la felicidad como me sucedía hace tiempo. Ahora sé que puede ocurrir en cualquier momento, pero no hay que buscarla. [...] Lo que quiero ahora es la paz, el placer del pensamiento y de la amistad. Y aunque parezca demasiado ambicioso, la sensación de amar y ser amado”. Pues bien, digamos que por justicia ‘terrenal’ más no ‘divina’ así fue.

Pudo amar a María Kodama y ella lo amó.

Williamson nos relata el pasaje apasionante cuando Borges y María estaban juntos en Islandia. Borges “reunió el coraje de declararle sus sentimientos a María, y ella contestó a su vez reconociendo que lo de ella era más que una amistad, era amor. Borges entonces le confesó a María que se sentía como si hubiera estado esperándola toda la vida, y fue en el contexto de un sueño de larga data hecha realidad donde concibió la idea para un cuento que, como le dijo a María en Islandia en esa época, se proponía dedicarle alguna vez. El germen de ese cuento era un encuentro entre un hombre mayor y una mujer joven que le recuerda a una muchacha que lo había rechazado en la juventud; mientras le hace el amor a la mujer, siente que el recuerdo del amor anterior, no correspondido, por fin queda borrado”. Después en un poema de 1971 Borges declaró: “Una sola mujer es tu cuidado, / igual a las demás, pero que es ella”.

Y aun así, cuando por fin encontró a su “Beatriz” y le dejó a la humanidad, en su obra, la más alta y más grande creación literaria, le dijo a un amigo, estas desoladoras palabras: “Pasamos la vida esperando nuestro libro y nunca llega”.

Marcel Proust.

Ghislain de Diesbach, en su magistral biografía, es quien realiza el mejor retrato psicológico de Proust. Sin dejar de reconocer su genialidad, Diesbach no escatima señalar los defectos extremos de este eterno niño mimado que se convertirá en el más grande escritor del siglo XX.

De entrada señala que “Proust ha puesto en sus personajes mucho de sí mismo, sobre todo en los más ridículos u odiosos, denunciando en ellos los vicios y defectos que temía poseer y, merced a tal exorcismo, convirtiendo a algunos de ellos en otras tantas caricaturas de su personalidad”.

Proust vive en una respetable y culta familia burguesa de la Francia de principios del siglo XX, su historia familiar es tan normal que sólo toma importancia para sus biógrafos, en tanto es él, el que rápidamente creará sus propias tragedias íntimas. “Toda la complejidad de su carácter provendrá en parte de la añoranza de una infancia demasiado protegida, de una necesidad casi infantil de cariño y de cuidados, a la par que otra parte de sí mismo quería liberarse de ello”.

Enfermizo, débil, histérico, inmediatamente se hace distinto a los demás y se vuelve un chico solitario. “Pugnan en él sentimientos contrapuestos que sólo la escritura podrá liberar, siquiera sea esa frustración que le embarga viéndose distinto a los demás”. Y sobre todo muy necesitado de encontrar alguien que lo amara. Pero valga anotar que con una diferencia muy notable con Borges, pues Borges en todo momento de su vida fue un ser noble, mientras que Proust cada vez que encontraba un poco de amor, a quien se lo profesara, inmediatamente le imponía un régimen tiránico. “Ansioso de ser amado, sufriendo por no serlo nunca lo bastante, a ratos por serlo demasiado, apasionado con bruscos



arranques de rebeldía o de cólera, es un niño caprichoso y entrañable”. “Hay en él, tras un aspecto frágil y maneras dulzonas, un impetuoso afán de amor que es no tanto un deseo físico de uno u otro de sus compañeros cuanto una sed de ser amado. Es en él un necesidad trágica y pueril, despótica también, pues si exige la exclusividad de un ser, no acepta que éste reclame reciprocidad. Hay que amarlo sólo a él, pero él puede amar a varios, sentimiento que prevalecerá a lo largo de su existencia y que constituye el primer síntoma de esos obsesivos celos que convertirá en uno de los temas de su obra”. Además, —agrega Diesbach— “incapaz de comprender que una necesidad de amar tan abiertamente expuesta puede producir”.

Su juventud transcurre en medio de la soledad, de los libros. Lo único que quiere hacer es leer y escribir, y sus padres se preocupan porque su hijo literalmente no sirve para nada. Entra a estudiar política y derecho sin mucho entusiasmo, tan sólo para tranquilidad de su padre, pero toda su atención, está centrada en la búsqueda del amor, y sólo la literatura se vuelve en su eterna compañera. Más adelante acudirá compulsivamente a cuanta fiesta mundana pudiera hacerse invitar, pero igual seguirá sintiéndose profundamente sólo.

Nadie sospecha que ese chico enfermizo y bueno para nada, infatigable observador de las tragedias y de las comedias de las extrañas relaciones, que se dan entre la vieja aristocracia cada vez más arruinada y la burguesía que poseía dinero y poco cultura, iba a convertirse en el escritor que superaría a todos, en tanto que alcanzaría la inmortalidad con sus letras.

Pero él, aún no se imagina nada de lo que crearía en el futuro, por el momento el 10 de junio de 1901 a un amigo le escribió: “¡Hoy cumplo treinta años y no he hecho nada!” Lo cual era cierto. Diez años después, a pesar de que había hecho varios artículos para la prensa, había publicado un libro pequeño, había realizado algunas traducciones, hasta había proyectado ya los cimientos de su futura obra y aún sentía que tampoco había hecho nada.

Poco a poco se va prefigurando en su interior la obra que justificará su existencia. “Cómo sea que el amor y la amistad resultan ser idénticas fuentes de decepción, tan sólo queda refugio y consuelo en el trabajo, otra droga a la que recurre Proust para olvidar la vida”. No me atrevo yo, en este artículo —que se me está alargando más de lo que me había imaginado— a explicar la génesis de *A la busca del tiempo perdido*, esta obra es un universo infinito que se compone de tantos elementos, que difícilmente se deja enmarcar. Yo por el momento sólo tengo la capacidad de gozarla y continuo indicando, sólo brevemente, los caminos tortuosos que llevaron al complejo carácter de Proust, que después de tantas decepciones del amor y del mundo, logró finalmente dedicarse a esta creación.

Diesbach muestra bastantes indicios de que Proust en el año 1908 tiene ya en su cabeza, la idea clara de que en adelante, su mayor preocupación será escribir una gran obra, su única obra, a la que le dedicará el resto de la vida. Catorce años de intenso trabajo literario, que le hará descuidar dramáticamente hasta su propia salud, dado que su régimen de vida y su caprichosa existencia, hará que la enfermedad sea otra compañera junto a su soledad.

Años después Proust le escribirá a un amigo: “Ciertamente que concedo mucha más importancia a este libro en el que he plasmado lo mejor de mi pensamiento y de mi propia vida que a cuanto hasta ahora he hecho, que no es nada”.

Sin embargo saca su tiempo para buscar los placeres del amor, ya no en la alta sociedad sino en los hombres jóvenes y humildes que trabajan en oficios varios para la burguesía. En una ocasión Proust escribe a su asesor en temas financieros, —que dicho sea de paso soportaba con gran paciencia a Proust, dada su irracionalidad para manejar el dinero y su increíble facilidad para derrochar lo que tenía por herencia o por derechos de autor— una absurda excusa por sus gastos: “Ya te dije que tenía penas del corazón. Cuando uno no es teósofo y no busca sus amores en la alta sociedad sino en el pueblo, o más o menos, esas penas del corazón conllevan por lo común considerables dificultades financieras”. Efectivamente Proust se caracterizaría por querer comprar con exagerados y costosos obsequios el afecto de sus camareros y choferes.

Luego Proust le confesará a un amigo: “Ando embarcado en negocios sentimentales sin salida, sin alegría, continuos generadores de fatigas, de sufrimientos, de absurdos gastos”.

Al final de sus días, —nos cuenta Diesbach— Proust “no alberga ya ilusiones sobre el mundo, menos aún sobre el amor, no siendo sino feria de las vanidades el uno, ilusión egoísta el otro”.

En una ocasión Proust escribe sobre Baudelaire un juicio que se puede aplicar literalmente a él mismo. Diesbach reseña así el pasaje: “Baudelaire, cuyo genio reside según [Proust] en su neurosis, ocasión de ensalzar la superioridad de sublimes neuróticos quienes, a semejanza de Baudelaire o Dostoievski, «entre sus ataques de epilepsia y otras cosas, crean obras de las que una estirpe de mil artistas sanos no habrían podido escribir un solo párrafo»”.

No basta con haber sufrido mucho en el amor, o mucho menos, no basta con ser un neurótico para tener las condiciones para ser un gran escritor. Pues, que de ser así, la mayoría de los seres humanos estarían escribiendo obras sublimes. El mismo Freud admitiría que las condiciones que posibilitan el surgimiento del genio literario seguirán siendo desconocidas para el resto de los mortales y su eventual aparición siempre se daría en casos muy excepcionales.

Marcel Proust, no tuvo la suerte que tuvo Borges de encontrar al final de su vida el amor que tanto anhelaba, y hay que decirlo, en gran medida Proust no lo llegó a encontrar por su propia culpa. Pero esta necesidad insaciable y nunca aplacada de querer ser amado, en Proust deriva en la composición de *A la busca del tiempo perdido*, la novela más asombrosa e importante del siglo XX. Basta deleitarse con *La prisionera* y *La fugitiva* para comprobar que del sufrimiento causado por no tener al amor querido puede salir la más sublime creación estética. Tal cual como Borges, Proust encontró su salvación en la escritura... pero lo maravilloso de esto, es que estos dos hombres, además de salvarse con sus obras, lograron a su vez la inmortalidad.

## Carta de un ateo a Fernando González.

Viejo, tú sabes cuánto te he amado. Te tomé como un padre, como un modelo de identificación. En diversas ocasiones he defendido la idea de que eres el único filósofo de Suramérica, y lo seguiré haciendo. Tu vida es la que más me ha incitado a ilusionarme con la idea de ser escritor.

Qué difícil es hacerle un reproche a los seres que más amamos, pero llegó el momento.

Me colmé de alegría cuando descubrí que tu obra la iniciaste al lado de Nietzsche. Tus Pensamientos de un viejo eran, en estilo y contenido, todo Nietzsche y, sin embargo, al poco tiempo, demostraste que eras un buen discípulo de Nietzsche: te alejaste de él. Te acuerdas viejo, de la palabras de Zaratustra: “Alejaos de mí... se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre su discípulo”. Qué bien y qué rápido lo hiciste tú; en el segundo libro que escribiste ya no eran los estilos y contenidos de Nietzsche, eran los tuyos; qué tan bien lo hiciste, qué tanto hurgaste en ti que te volviste en Colombia el maestro de la autenticidad.

Y llegó tu Viaje a pie, quizá el único libro en Colombia donde se puede respirar una mayor libertad. Estás ahí, con tu compañero de viaje, caminando, filosofando, discerniendo sobre la vida, sobre el amor, sobre nuestros impulsos en esta desdichada Colombia. En este libro se siente un aire más fresco; al leerlo, uno se siente más ligero, más jovial... ¡ay viejo!, con este libro hiciste que nos enamoráramos de vos, después de este libro, ya no te pudimos soltar.

A Colombia, la comprendí con vos. Aprendí más de Colombia en tus libros Correspondencia con Carlos E. Restrepo y Cartas a Estanislao y pude vislumbrar más a este complejo país en tu Revista Antioquia, digo, aprendí más de Colombia en tus libros, que en todos los años de estudio de historia en la Universidad Nacional.

Y qué decir de Suramérica. Ya antes se me había aparecido este continente que anhela la libertad con Simón Bolívar, pero vos fuiste el maestro que nos hizo comprender la personalidad psíquica de nuestros pueblos. Qué gran lección nos diste con Los negroides, Mi Compadre, Mi Simón Bolívar, Santander. Sos viejito, vos también, el maestro de la identidad suramericana.

Mucho antes, habías empezado a desacomodar nuestras almas, tú, con tus calzoncitos de Tony en El remordimiento nos tocaste las fibras más íntimas de la sensualidad y nos señalaste la dificultad que tenemos para hacernos dueños de nuestras pasiones, la dificultad que tenemos para gobernarnos a nosotros mismos. Cómo hacer fuertes a nuestros yoes, sin repudiar nuestros ellos. ¡Ay viejito!, si Freud hubiera conocido tu obra El remordimiento, sin duda hubiera reconocido en ti a un gran pensador y un gran poeta de la psicología humana.

Y después llegas con Don Mirócleles. No logro olvidar aquellas primeras palabras de Manuelito Fernández. Esta novela magistral puede compararse con las Memorias del subsuelo de Dostoyevski. Viejo, después nos haces palpar y padecer, con la vida de Manjarrés, El maestro de escuela; qué sacudida nos pegaste con aquel espejo de los grandes hombres incomprensidos, con la vida mísera de Manjarrés.

Y ya, viejo, antes de morirte, nos regalaste el Libro de los viajes o de las presencias y la tragicomedia del padre Elías y Martina la velera; qué calma se respira allí. En cada una de las palabras de estos dos libros están los pensamientos más silenciosos, y por ello los más perturbadores. Ahí estás vos, viejo bufón, dando lecciones de cómo llega el hombre a descubrirse a sí mismo, hasta las últimas consecuencias. Lucas Ochoa, el padre Elías, finalmente tú, amado maestro, con tus últimos libros, expusiste de la manera más calmada y franca las más profundas reflexiones sobre la existencia que se han podido escribir en estas tierras.

Pero viejo, hay un pero. Ahora viene mi reproche. Te empeñaste en seguir invocando a Dios. Viejo, me repulsó siempre ese misticismo tuyo, por más

elaborado y poético que lo presentaras. Te causaba mucha gracia escandalizar a monjas y a curas y vos, viejito religioso, seguiste engañando a los mismos jóvenes que un día ayudaste a liberar, con patrañas metafísicas; le fuiste infiel al más acá, a la tierra, y seguiste tú como los demás sacerdotes, prolongando la idea de un más allá, ese fatal y decadente falseamiento que se inventaron los despreciadores de la vida. Esa fue tu eterna contradicción, tú, que nos enseñaste a amar la vida desnuda luego la volviste a vestir con ilusiones religiosas, con supersticiones. Tú, que conociste el alma humana como nadie lo ha hecho por aquí, en lugar de mostrar qué tanto un hombre se puede conocer a sí mismo, alcanzar los más altos grados de conciencia, superarse y ser artífice de su propio destino, preferiste volver a poner al hombre por debajo de un Dios, por debajo de aquella idea nefasta de Dios.

Un día unos jóvenes te preguntaron que si habías abandonado al humanismo por el misticismo y te enojaste, porque tú no eras un converso, y les aclaraste que toda la vida estuviste buscando a Dios. Efectivamente no eras un converso, pero ese no es el problema, el problema es que seguiste vendiendo una ilusión, como si esta servidumbre fuera el fin de la existencia del hombre, seguiste siendo cristiano. Quizá no te diste cuenta -o no lo quisiste hacer- de que por la liberación que produjo tu pensamiento en Colombia, muchos esperábamos que fueras ateo, pero no viejo, seguiste siendo un rezandero, a tu manera pero rezandero. Estuviste muy cerca de las alturas de Zaratustra el ateo, pero no quisiste dar el paso final: renunciar a esa perniciosa ilusión infantil que son las representaciones religiosas en el hombre. Sé que muchos teólogos y “filósofos cristianos”, incluso curas amigos tuyos, celebraron que un poeta como tú alabara a Dios; de hecho han escrito libros resaltando tu misticismo, teólogos rebuscando “argumentos filosóficos” para decir que tu obra conduce a Dios. Pero tu obra, tú lo sabes, va más allá de tu propio misticismo; tu obra tiene más profundidades, tu obra es liberadora. Por eso, viejo, yo no te acepto esa sumisión vergonzante ante un Dios. Que las masas creen en Dios y necesiten esas ilusiones, eso se entiende, pero en un hombre como vos eso no lo puedo entender; que tú, después de haber conocido la obra de Nietzsche y de Freud como pocos lo han hecho, hayas seguido con el misticismo, yo no lo puedo entender. Muchos elogiarán tus

alabanza a Dios, pero a mí me repugna esa exaltación del cristianismo en tu obra.

Te he amado, Fernando González, viejo querido e imperioso, y nunca dejaré de amarte, tu obra siempre tendrá un lugar privilegiado en mi vida. Siempre estaré orgulloso y feliz de que hayas existido. Pero cada vez que apareces insistiendo en el decadente Dios del judeocristianismo, yo, ateo, me alejo de ti. Este es mi reproche maestro, hasta allá -hasta esa carajada mística-, no te puedo seguir.

## Un diálogo con Franz Kafka.

¿Dónde te encuentro Kafka? Si hubieses sido un hombre sería tan fácil encontrarte, bastaría buscar una buena biografía sobre ti. Pero no eras un hombre, eras escritura. No te convertiste en un escritor, te convertiste tú «todo» en escritura misma.

He ido a mi biblioteca predilecta a buscarte y no te he encontrado. He leído doctos de todas las especies, que tratan de interpretarte, detectives que intentan descifrar los enigmas de tus escritos y no te he encontrado ¿Que si El Proceso es una reescritura de algún texto de Dostoievski? ¿Que si eras un consumado melancólico? ¿Que si eras una hombre trágico? ¿Que si eras un solitario que se reía de sí mismo y del mundo pero en «serio»? Creí que te iba a encontrar en Borges y en Deleuze por la confianza que tengo en ellos, y la verdad tampoco allí te encontré.

¿Y si eres escritura, simplemente no bastaría con leerte? No, no basta. La impresión que nos... -corrijo-, que me queda después de leerte, no es la impresión de que apareces sino por el contrario de que te escabulles... Creo que ya no sabemos si te escribías para crearte o para des-crearte.

Está también la correspondencia con las mujeres que querías y no querías poseer, tus interlocutoras preferidas. Ya no recuerdo dónde lei la tesis de que sólo las necesitabas a ellas para tener el placer de recibir o enviar una carta. ¿O será que en este punto de las cartas te estoy confundiendo con Proust? No lo sé, perdón.

Tengo que confesarte que aún guardo la ilusión de encontrar alguien que te logre definir ¿Acaso un biógrafo? ¿Un escritor? ¿Un lector? Qué absurdo me parece contigo hacer el recuento: Franz Kafka nació en tal fecha, vivió en tal parte y en tal época, escribió tales libros, murió en tal fecha, fue uno de los más grandes escritores del siglo XX. ¡Qué manía tenemos los seres humanos de definirnos por



una simple enunciación de la época en que vivimos. Se llamó tal, nació y murió tal día. Yo creo que la biografía de un hombre debería responder esencialmente a la siguiente pregunta: ¿Cómo gozó? y por último, si queda tiempo y como por no dejar, ¿qué hizo?

Me encanta saber que mi nombre es tan parecido al tuyo, nuestros nombres sólo se diferencian por una letra. Como soy incapaz de definirte, voy a hacer un diálogo con vos. Ya sé que muchos me dirán que soy un loco presuntuoso, primero, porque para un diálogo se necesitan dos, y segundo, porque dirán: — ¿quién carajos es usted para pretender hacer un diálogo con Kafka? Pero no me importa. Primero, porque sí estamos los dos: estás tú con tus Diarios que vengo leyéndolos amorosa y desordenadamente hace muchos meses y estoy yo con mis pensamientos que creo son tan obsesivos como los tuyos. Y segundo porque simplemente me da la gana.

Tengo que confesarte además que quisiera hablar contigo, en primer lugar sobre mujeres, porque intuyo que a los dos nos ha ido muy mal en ese tema. Pero no. No tengo cómo hacerlo: dices muy poco al respecto en tus diarios. Voy a hablar contigo de la escritura.

Amar a una mujer. Escribir. ¿No será que en el fondo es lo mismo?

Franz Kafka: “Es totalmente cierto que escribo esto porque estoy desesperado a causa de mi cuerpo y del futuro con este cuerpo”.

Frank Bedoya: Pensándolo bien, creo que nos queremos escribir, volver escritura por una inconformidad estructural con nuestro cuerpo, por un cuerpo que no gobernamos, que nos condena a algo. Que escribir no es un efecto artificioso, que escribir es el acto por el cual nos liberamos de nuestro cuerpo. Si no conseguimos escribir, es porque aún nos gana el cuerpo. Pero, prosigue por favor.

FK: “Mi fuerza no da ya para una frase más. Sí, si se tratara de palabras, si bastase colocar una palabra y pudiera uno apartarse con la tranquila conciencia de haberla llenado totalmente de uno mismo”.

FB: No sé, a estas alturas, después de conocerte un poco a vos, a Borges y Proust, uno tiene la impresión de que la tarea de la escritura es imposible. Creo que esto ya lo dijo Blanchot, y sin embargo él escribía cosas infinitas. Por mi parte, siempre he creído que de la mujer de la cual me enamoro, esa será la mujer, y no. Que ese será el libro decisivo, y no, tampoco es.... Que me escribo, que esa será la escritura y no.

FK: “Había llevado para la señora Tschissik un ramo de flores con una tarjeta de visita en la que había puesto: «con gratitud», y esperaba el momento de poder ofrecérselo. [...] Nadie había advertido mi amor, y yo había querido mostrarlo a todo el mundo y hacerlo así valioso para la señora Tschissik, en el momento de verse el ramo. [...] Con el ramo de flores, esperaba satisfacer un poco mi amor por ella, y fue totalmente inútil. Sólo es posible satisfacerlo por medio de la literatura o acostándome con ella. No escribo esto porque no lo sepa, sino porque tal vez es bueno escribir a menudo lo que nos sirve de advertencia”.

FB. ¿No será que los que se logran acostar con ellas, dejan de angustiarse y no les da la carajada de quererse volver escritores?

FK: “Progresivamente, intentaré agrupar todo lo que hay en mí de indudable, luego lo creíble, luego lo posible, etc. Es indudable mi avidez por los libros. No tanto por poseerlos o leerlos como por verlos, por convencerme de su permanente existencia en los estantes de una librería. Si en alguna parte hay varios ejemplares del mismo libro, cada uno de ellos me alegra. Es como si dicha avidez partiese del estómago, como si fuese un apetito descaminado. Los libros que yo poseo me dan menos gusto; en cambio me alegran ya los libros de mis hermanas. El deseo de poseerlos es incomparablemente menor, casi inexistente”.

FB: A eso me refería en mi última conferencia de la Escuela Zaratustra. Leer no puede convertirse en un acto vulgar burgués para adquirir un conocimiento. Leer

es un goce, leer es amar. Se aman también los libros. Es otra forma de amor. Te acuerdas del Borges enamorado. Ah no, verdad, que fue él quien se fijó en vos, en lo que escribiste vos.

FK: “Aun cuando prescindiera de todos los obstáculos restantes (estado físico, padres, carácter), tengo una buena disculpa para no limitarme a pesar de todo a la literatura con la alternativa siguiente: a nada puedo atreverme, mientras no lleve a término un trabajo de mayor importancia, que me satisfaga completamente. Esto es ciertamente irrefutable. Ahora siento, y lo sentía ya por la tarde, un gran deseo de arrancarme escribiendo todo este estado de desasosiego y, así como viene de las profundidades, hundirlo en las profundidades del papel, o bien dejar constancia escrita de un modo que me permitiera incorporar lo escrito íntegramente en mi interior. No se trata de un deseo estético.”

FB: ¡Y saber que en nuestras tierras nos hemos engañado tanto con eso! Acá se escribe más por vanidad, que por necesidad interior, que por amor a la verdad, que es poder develarse, nombrarse a uno mismo. Yo por eso creo que el único escritor genuino que hemos tenido en nuestra desdichada Colombia es Fernando González: ¡en su desgarradora honestidad consigo mismo es tan parecido a vos!

FK: “Mi deseo de escribir una autobiografía lo cumpliría sin duda inmediatamente en el momento en que me liberase de mi oficina. Al ponerme a escribir, debería tener ante mí un cambio tan radical, como meta transitoria, a fin de poder organizar la masa de los acontecimientos. No puedo concebir otro cambio más alentador que éste, aun siendo tan tremendamente improbable. Pero entonces, el hecho de escribir la autobiografía constituiría una gran satisfacción, porque se efectuaría con tanta facilidad como la transcripción de sueños, y sin embargo tendría para mí un resultado totalmente distinto, grande, que me influiría para siempre, un resultado que, además, sería accesible a la comprensión y a la sensibilidad de cualquier otra persona”.

FB: Me alegra que digas eso. Ya lo habían dicho Borges, Derrida. Así nos ocultemos, estamos siempre reescribiendo una autobiografía. Apareciendo y a la

vez ocultándonos en una autobiografía. ¿Alguien escribirá una mejor que la que hizo Nietzsche, su *Ecce Homo*? No importa. ¿Te acuerdas de Nietzsche?, tú lo leíste, “y así me cuento mi vida a mí mismo”.

FK. “En mí se puede reconocer perfectamente una concentración apta para escribir. Cuando se hizo evidente en mi organismo que la literatura era la manifestación más productiva de mi personalidad, todo tendió a ella y dejó vacías todas las facultades que se orientaban hacia los placeres del sexo, de la comida, de la bebida, de la meditación filosófica, y principalmente de la música. Me atrofiaba en todos los aspectos. Esto era necesario, porque mis energías, en su totalidad, eran tan escasas que únicamente reunidas podían ser medianamente utilizables para la finalidad de escribir. Naturalmente, no di con esta finalidad de un modo autónomo y consciente; fue ella la que se encontró a sí misma y ahora se ve obstaculizada únicamente, pero de un modo radical, por la oficina. En cualquier caso no debo lamentarme porque no pueda soportar una amante, porque entienda casi tanto de amor como de música y tenga que contentarme con los efectos más superficiales y fugaces, porque la noche de fin de año cenara nabos y espinacas y bebiera un cuartillo de Ceres, y porque el domingo no pudiera asistir a la conferencia de Max sobre sus trabajos filosóficos; la compensación por todo ello es clara como la luz del día. O sea, que sólo tengo que arrojar en medio de todo este montón de cosas el trabajo de la oficina (puesto que mi desarrollo está ya concluido y, por lo que veo, no tengo más que sacrificar) para iniciar mi verdadera vida, en el curso de la cual, con el progreso de mi obra, mi rostro podrá finalmente envejecer de un modo natural”.

FB. No entiendo por qué tus exegetas se han enredado en tantos laberintos. Con esta declaración que haces es más que suficiente, ¿no crees? Yo creo que el manto de enigma que se ha levantado a tu alrededor, parte de tu simplicidad, de tu forma llana de decir lo real, lo innombrable. Tu verdadera vida efectivamente fue la escritura, ya lo habías anunciado. Bueno, igualmente más adelante das otra pista: “Casi siempre, la personalidad individual del escritor consiste en que cada uno oculta lo malo a su manera”.

FK. “Mientras escribía, acarreo de muchos sentimientos, por ejemplo, la alegría de que voy a tener algo hermoso para la Arcadia de Max; naturalmente, recordé a Freud en un pasaje”.

FB. Sí, y más adelante dices: “Yo, que quiero curarme la neurastenia trabajando”. Así estoy yo, ya ves, desde aquel controvertido texto que hice sobre Borges y Proust, o con este diálogo, tratando de descubrir cómo sí es posible pasar de la neurosis obsesiva a la creación literaria. Por lo que no logramos nombrar nos enfermamos. Con las palabras nos curamos.

FK. “Mi empleo me resulta insoportable, porque contradice mi único anhelo y mi única profesión, que es la literatura. Puesto que no soy otra cosa que literatura, y no puedo ni quiero ser otra cosa, mi empleo no podrá nunca atraerme, pudiendo en cambio destrozarme totalmente. No estoy muy lejos de esta situación. Alteraciones nerviosas de la peor especie me dominan sin interrupción”.

FB. Yo creo que por eso te queremos tanto y por eso es que los hombres modernos nos identificamos con vos tan fácilmente. No queremos trabajar, queremos escribir. En este mundo del capital no podemos dedicarnos sólo a leer y a escribir por purito placer. Bueno, sobre todo no, a los que no nos queda otra alternativa y nos toca ser empleados.

FK. “Todo se resiste a ser escrito”.

FB. Es verdad, y aun así nos obstinamos. Tú, el más obstinado de todos.

FK: “Leo en Dostoyevski el pasaje que tanto me recuerda mi «Desdicha»”.

FB: Así igual me está pasando hoy con vos.

FK: “¡Dejadme mis libros! ¡Es lo único que tengo!”

FB: Por este tipo de cosas, sos con el único que puedo hablar en estos momentos.

FK: “Aún me encuentro metido de lleno en mi sufrimiento, pero ya viene corriendo de tras de mí el enorme carro de mis planes.”

FB. Dichoso animal extraño Kafka, efectivamente así fue, superaste a todo lo humano. Humano: animal que escribe.

FK. “Cuando me examino a mí mismo para saber cuál es mi objetivo final, resulta que, en realidad, no me esfuerzo por ser una buena persona y dar satisfacción a un tribunal supremo, sino, muy al contrario, trato de tener una visión panorámica de toda la comunidad humana y animal, de descubrir sus preferencias fundamentales, sus deseos, sus ideales morales, de reducirlos a preceptos simples y de evolucionar en su dirección lo antes posible, para complacer por entero a todos y para hacerlo de tal modo (he aquí la incoherencia) que, sin perder el amor general, acabe por ser el único pecador que no será quemado, a quien se le permita desarrollar abiertamente, ante los ojos de todas las ignominias que lleva dentro. En resumen, no me importa más que el tribunal humano, y a ese pretendo engañarlo, aunque sin engañarlo del todo”.

FB. Si te comprendo bien, estás tratando de decir que vos no te esforzaste por haber sido el mejor ser humano. De hecho estás plagado de defectos. Uno de los seres humanos más imperfectos. Sin embargo, tu incapacidad para vivir lo humano te llevó a escribir, a describir el absurdo de lo todo lo humano, la locura de lo humano en el siglo XX. De ahí que sea tan difícil ponderar tu obra, y aun así, todos en algún momento nos vemos llevados, por una extraña fuerza, a querer vernos reflejados en un espejo-hombre llamado Franz Kafka. Tan sólo con ver la imagen de tu rostro, tu mirada penetrante, tus puntiagudas orejas. ¡Carajo! vos sos el que nos está mirando.

FK: “A través del cielo del vicio se conquista el infierno de la virtud”.

FB. Confíesalo, eso lo tomaste del Zaratustra de Nietzsche.

FK: “El temor es la desdicha, pero no por ello el valor es la felicidad, sino que lo es la falta de temor; no el valor, que tal vez exija más que la fuerza (en mi curso había solo dos judíos que tenían valor y ambos se pegaron un tiro ya en sus tiempos de Instituto o poco después) o sea, que no se necesita valor, sino una falta de temor, tranquila, de mirada franca, capaz de soportarlo todo. No te fuerces a nada, pero no seas infeliz por el hecho de no forzarte, o por el hecho de que, si tuvieras que hacerlo, te vieses obligado a forzarte. Y si no te fuerzas, no persigas afanosamente y sin cesar la posibilidad de forzarte. En realidad, las cosas nunca están tan claras, o efectivamente siempre lo están; por ejemplo el sexo me apremia, me tortura día y noche; tendría que superar el miedo y la vergüenza, y probablemente también la tristeza, para satisfacerlo; por otra parte, es cierto que aprovecharía inmediatamente, sin miedo ni tristeza ni vergüenza, una oportunidad que se ofreciese de modo rápido, inmediato y voluntario; pero, por todo lo dicho, queda una ley: no superar el miedo, etc. (Pero tampoco jugar con la idea de la superación); lo que si hay que hacer es aprovechar la «oportunidad», (pero no quejarse sino se presenta). [...] No existe la maldad; has cruzado el umbral; todo es bueno. Otro mundo y no tienes que hablar”.

FB: Otra vez Nietzsche. ¿Acaso Más allá del bien y del mal? Perdón, estoy hablando contigo y no con Nietzsche.

FK. “Los cinco principios que conducen al infierno (en orden genético):

1. «Tras la ventana está lo peor.» Todo lo demás es angélico, bien sea de un modo explícito o (como es el caso más frecuente) admitiendo sin hacerle caso.
2. «¡Tienes que poseer a todas las muchachas!», no como un donjuán, sino de acuerdo con la expresión diabólica «ceremonia sexual».
3. «¡No puedes poseer a esta muchacha!» y por eso mismo, no puedes. Fata Morgana celestial en el infierno.
4. «Todo es, simplemente, una necesidad física»; ya que la tienes, date por satisfecho.
5. «La necesidad física lo es todo». ¿Cómo podrías tenerlo todo? Por consiguiente, ni siquiera tienes necesidades físicas”.

FB: Me has dejado sin palabras, me hiciste acordar que hace rato prometí escribir algo que se llama desapegos y no lo he hecho.

FK: “Cada vez me da más miedo escribir cosas. Es comprensible. Cada palabra, retorcida en manos de los espíritus —este impulso de la mano es su movimiento característico—, se convierte en una lanza dirigida contra el que habla. Y muy especialmente, una observación como ésta. Y así, hasta el infinito. El consuelo sería sólo: Ocurrirá, quieras o no. Y lo que tú quieres, te sirve de bien poco. Más que un consuelo, sería esto: También tú tienes armas”.

FB. Tú dijiste esto un año antes de morir, digo, de morir físicamente, porque no has muerto, que te hiciste eterno. No quiero sugestionarme por el hecho de que son las últimas palabras de tus Diarios. De hecho, no importa, ya no son tus palabras, son las que yo escogí para este diálogo, me las apropié. Por alguna razón, escogí unas y deseché otras. Me construí un Kafka según mis necesidades. ¿Que el que hice no sos vos? ¿Que hay una infinidad de Kafkas? No importa. ¿Lograste nunca dejarte definir? Hace rato tenía pendiente este diálogo, y no me atrevía a iniciarlo. Hoy he tenido que hablarles a unos jóvenes sobre vos. Espero haber estado a la altura de tu extrañeza. Que ninguno haya podido saber al fin quien es ese Franz Kafka, y por ello después te salgan a buscar.



## ¿Cómo era «realmente» Juan Rulfo?

Se han escrito incalculables interpretaciones de la obra de Juan Rulfo, muchos de estos estudios se caracterizan por el estilo tedioso y complicado que comúnmente se encuentra en los trabajos de crítica literaria. La belleza y la magia que encontramos en la escritura de Juan Rulfo son esterilizadas por cada erudito que pretender descifrar el proceso creador del autor de Pedro Páramo, cada vez que despedazan su obra, analizando hasta más no poder el estilo, el contenido, el ritmo, las formas, las influencias, los enigmas, lo oculto, lo dicho, lo no dicho, por temáticas, por año, por género literario, por el contexto social... en fin, por todo lo que se pueda exprimir de sus dos libros geniales.

Yo, amante de las biografías, -aburrido de los doctos que explican «cómo se escribe» pero que no escriben obras- quise resolver también una pregunta sencilla, pero que se convirtió en una de las cuestiones más fascinantes y más enmarañadas del mundo que lo ha leído: ¿Cómo era «realmente» Juan Rulfo? Más allá de la lectura e interpretación de su obra ¿cómo era el hombre Juan Rulfo?

En 1992, Gerald Martin, el biógrafo de Gabriel García Márquez, dijo: “Rulfo defendió su vida íntima, pasado y presente, con una resistencia callada y tenaz. No estamos cerca de la posibilidad de reconstruir siquiera los datos más importantes de su vida, y es previsible que una biografía definitiva no exista nunca”.

Sin embargo, aparecieron cuatro biografías sobre Juan Rulfo:

En el año 2003 la biografía de Nuria Amat: “Juan Rulfo, el arte del silencio”.

En el año 2004 la biografía de Alberto Vital: “Noticias sobre Juan Rulfo, 1784-2003”.

En el año 2005 la biografía de Juan Ascencio: “Un extraño en la tierra. Biografía no autorizada de Juan Rulfo”.

En el año 2012 la biografía de Reina Roffé: “Juan Rulfo. Biografía no autorizada”.

Con gran expectativa y ansiedad emprendí la lectura de dos de estas biografías. Una, la oficial y única admitida por sus herederos y custodios, “Noticias sobre Juan Rulfo” de Alberto Vital, y la última que apareció, “Juan Rulfo. Biografía no autorizada” de Reina Roffé. Lamentablemente, a la fecha que escribo este ensayo, no he podido conseguir las biografías que escribieron Nuria Amat y Juan Ascencio.

Vital, quién ha tenido acceso a los archivos más personales de Rulfo, realizó una biografía bastante fría, sobria, con inmensidad de datos, pero en una estructura bastante enciclopédica, donde se abstiene de mencionar aquellos aspectos más polémicos de la vida privada del autor mexicano. Personalmente, el listado cronológico que hace, me parece el más impersonal y aburrido de todos los estilos para contar la vida de alguien, tanto así, que casi no termino de leer este mamotreto de Vital. Uno queda con la sensación que este libro dice mucho pero no dice nada.

Roffé por el contrario logró una proeza, reunir la más copiosa información, basada en diversas fuentes y entrevistas decisivas para hilvanar un relato bastante ameno y completo sobre la vida de Juan Rulfo. Con inmenso respeto y prudencia, Roffé señaló los temas controvertidos como la relación con el alcohol, con los amores y las fibras íntimas de este escurridizo personaje.

Para responder la pregunta: ¿Cómo era «realmente» Juan Rulfo? Solamente he tomado unas palabras de Juan Rulfo que cita Vital, que me parecen decisivas para entender la personalidad de nuestro escritor. Y he tomado dos partes de la biografía de Reina Roffé, una, la parte donde la autora argentina hace el retrato del artista y, en segundo lugar, la parte que se refiere al tema del alcoholismo, ya que ha sido un tema bastante vedado.

No me voy a referir ni a sus antepasados, ni a la infancia, ni a su formación, ni al proceso creativo de sus obras, porque dichas cuestiones desbordan los alcances de este ensayo, y no es mi aspiración hacer un resumen de las biografías mencionadas, sino resolver y responder puntualmente a la cuestión: ¿Cómo era la personalidad de Rulfo?

Este ensayo lo hago por un interés personal: que es conocer en profundidad -lo que más pueda- a Juan Rulfo. Y dado que en Colombia es tan difícil acceder a las biografías que se han hecho sobre él, ofrecerles a nuevos lectores la posibilidad de conocer algunos de los detalles más relevantes de este controvertido e introvertido escritor.

Finalmente, además de la biografía de Reina Roffé, he tomado como fuente a Juan Rulfo mismo, en su correspondencia con Clara Aparicio, su esposa, quien recibió estas misivas siendo su novia. Dejando de un lado el romanticismo empalagoso propio de los enamorados, allí encontramos unas magníficas pistas de cómo era Juan Rulfo, de cómo se definía a sí mismo.

Juan Rulfo, hombre del silencio, pero detrás de este silencio había un socarrón, no era un santo. En medio de la tristeza por la infancia rodeada de muerte, había un hombre de un fino humor. Nos relata Roffé: “Capaz de ironías y humoradas para cortar ese hilo trágico que bordea el melodrama de toda historia y tiende un manto piadoso sobre el desconcierto de vivir y morir”.

“Pero, en verdad, su tarjeta de presentación era la de hombre triste por naturaleza. [...] Había aprendido a vivir con la soledad y la cultivaba como si fuera un gran amor”.

Su escritura diáfana y bella también se daba en el arte de la conversación, cuando Rulfo abandonaba el mutismo, aparecía el poder del habla: “Hombre callado, a veces podía ser un gran conversador. Sorprendía a sus contertulios con

relatos intempestivos de cadáveres que desenterraban en lugares extraños o de pueblos que, de pronto, habían desaparecido de la faz de la tierra”.

Los vídeos que hoy día circulan en la red sobre algunas entrevistas que concedió Juan Rulfo muestran a ese hombre retraído que quisiera mejor no hablar. “A sus entrevistadores les advertía que su respuesta podía tardar en llegar una media hora. Metafóricamente, esa media hora era tal vez el tiempo que necesitaba un tímido para desinhibirse y encontrar el pulso de la conversación. Cuando lo encontraba era «imparable», pero no con los periodistas, sino en la intimidad, cuando nadie lo presionaba”.

Juan Rulfo era una encarnación de tristeza, algo muy profundo se quedó marcado en su ser, ¿el fracaso de la Revolución Mexicana? ¿El sufrimiento de los campesinos, su desarraigo, el despojo que padecieron? ¿Sus propios muertos?

Roffé concluye el retrato del artista así: “Durante los últimos veinticinco años, Rulfo experimentó –y también concitó en los demás- distintos sentimientos, pero continuó siendo una persona triste hasta el final. Federico Campbell dice que no «era un hombre feliz, aunque conoció la felicidad de la creación artística y los momentos de goce que da la contemplación de los paisajes reflejados en sus fotografías. No todo fue zozobra. Vivió lo bueno y lo malo, como cualquier ser humano, pero en él queda sin resolver el enigma de algo tremendamente dramático”.

Con justa razón la mayoría de estudiosos de su obra, ven en la siguiente frase, de uno de sus cuentos, la mayor indicación para entender su alma: “Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta”.

A propósito de la embriaguez en Estanislao Zuleta y en Juan Rulfo, ya antes había expresado una idea que la quiero reiterar acá. Críticos, comentaristas, biógrafos, aduladores puritanos y custodios de opiniones oficiales, tratan de juzgar las vidas y obras de Estanislao Zuleta y Juan Rulfo sin mencionar el gusto

que ellos tenían por el alcohol, o reduciendo al máximo el hecho que ellos, además de escribir y de pensar como pocos, también como a muchos les gustaba beber.

No se trata de hacer un elogio al alcoholismo para hacerle contra peso a las condenas puritanas que siempre vienen con un buen grado de hipocresía. Beber en demasía, sabemos, siempre causará problemas con los seres cercanos, con el dinero, con el trabajo, con la salud; eso ni siquiera tiene discusión, pero esa no es la cuestión, cada cual debe encontrar su punto de equilibrio. La sociedad cristiana burguesa condena algunas adicciones pero aprueba otras, y no menos peligrosas, por ejemplo, la adicción a consumir compulsivamente “siempre y cuando se guarde la compostura y se respeten las reglas del mercado”.

Tanto Estanislao Zuleta como Juan Rulfo admitieron que la embriaguez hizo parte de sus vidas. Y lo hacían sin dramatismos. No se entiende por qué sus herederos quieren ocultar esta parte de sus vidas. Ellos en todo eran dionisiacos.

El tema de la embriaguez en Juan Rulfo siempre ha sido un tabú, sólo he encontrado en la biografía de Reina Roffé una mención al respecto, que ella tituló: “Daños colaterales”. Transcribiré unos fragmentos:

“La tendencia del escritor a buscar refugio en el alcohol, según comentó su amigo Fernando Benítez, se inicia en la década de los cuarenta, en esos «años tristes de archivos migratorios donde los expedientes aparecían y desaparecían mediante cohechos y trampas». Rulfo comenzó a beber para «escapar del mundo asfixiante y sórdido que lo oprimía. Pero su alcoholismo se fue agudizando al frecuentar de pleno, después de la publicación de su primer libro, el ambiente artístico y bohemio de la capital azteca.

[...] El poeta español Tomás Segovia, que trató a Rulfo en la época de los cincuenta, recuerda haberlo visitado en su departamento de Río Nazas y advertir que en la casa «había una gran tensión, porque su mujer, en esa época estaba, estaba luchando como gato panza arriba para sacarlo del alcoholismo, que

siempre fue uno de sus grandes problemas. Clara registra la casa y tiraba cuanta botella él traía. Pero, de pronto, Rulfo estaba borracho sin haber salido a la calle. La mujer se desesperaba, ¿de dónde sacará la bebida? Hasta que lo descubrió: como arriba vivía el pintor Pedro Coronel, Rulfo se metía en el cuarto de baño y, de ventana a ventana, Coronel le pasaba la botella a través de un cordel; después la botella volvía arriba”.

Rulfo logró convertir su embriaguez en creación. Ocultarle su gusto por el licor, es un favor innecesario y puritano.

A Rulfo no le gusta hablar de sí mismo. Incluso confesó que hasta en la privacidad de su familia se hablaba muy poco. Rulfo guardaba el silencio del campesino mexicano que padeció la muerte y la desolación., alguien que guardaba las cosas bien adentro. Quizá hay una sola excepción, y es cuando Rulfo le escribe apasionadas y palpitantes cartas a su novia, allí, Rulfo hace una presentación de sí mismo; que creo, se sabe más de él en estas misivas, que en las muchas interpretaciones que se han escrito para descifrar los laberintos de su ser.

Le doy la palabra a Rulfo, para que diga cómo es él:

“Tengo, entre las joyas de mis parientes, un tío muy terco (yo también soy muy terco, pero él me gana).

[...] Yo soy un desequilibrado para el amor.

[...] Soy muy flojo para escribir y lo hago muy mal. [Y aún así escribió la mejor novela latinoamericana de toda la historia]

[...] Soy muy flojo, el tipo más flojo que tú hayas conocido.

[...] ¿No te he contado alguna vez lo despiadado que soy? Pues sí, Kiko, yo odio mucho al mundo y mi odio es constante. Quizá por esto el mundo me ha tratado mal y me ha hecho desafortunando.

[...] Ya ni de emborracharme me dan ganas.

[...] Yo me he portado bien. No me he emborrachado y siempre que se trata de caminar, camino derecho. No he dicho sino unas cuantas malas palabras; la gente con quien estoy no se presta para decir malas palabras. He tenido malos pensamientos, pero poquitos. He dicho una que otra mentira, pero a gentes con quienes no tenía ganas de platicar”.

[...] Soy muy amante de quejarme.

[...] Luego vino ese sentimiento, que no me ha abandonado todavía, de que yo era un pobre diablo y de que tenía que luchar mucho para defenderme de mí mismo.

[...] Desde que yo me acuerdo, siempre fui un sujeto dado a estar solo; ni cuando era chiquillo me gustó andar con los demás, jugaba a los juegos que se usan entonces, pero pronto me cansaba y entonces me sentaba en una silla y me ponía a leer lo que encontraba primer y allí me estaba lee y lee día y noche hasta que me apagaban la luz. Esto me hizo daño. Yo sé que me hizo daño para la vida. Uno tiene su vida interior formada desde los primeros años, y al fin un día se encuentra uno con la vida de afuera y la halla uno lleno de problemas y complicaciones y uno no está bien preparado para eso. Así pues, no creas que leer me hizo muy inteligente, no, me hizo más bartolo. Me encontré en mí mismo y vivía por dentro, porque le tenía miedo al mundo. Eso hubiera estado bien si yo no hubiera salido de mi pueblo, pero tú sabes lo vago que soy. A estas piernas flacas que tengo les gusta caminar y se soltaron caminando. Fueron y vinieron y yo sigo igual, teniéndole algo de temor a la gente.

[...] La feria del libro se comió todo mi sueldo de este mes.

[...] Ahí tienes que había una vez un muchacho más loco, que toda la vida se la había pasado sueña y sueña. Y sus sueños eran, como todos los sueños, puras cosas imaginarias. Primero soñó en que se encontraba de pronto con la bolsa llena de dinero y que compraba todos los dulces de todos los sabores que había en todas las tiendas del mundo. Así era de rico. Después soñó en tener una bicicleta y unos patines y una buena bola de canicas. Más tarde, soñó en ser chofer o maquinista de un tren para recorrer lugares. Y se pasaba las tardes tirado de barriga en el suelo, soñando en las cosas interesantes que habían más allá de los cerros que tenía en frente. En el pueblo de él había unos cerros muy altos. Y a veces soñaba ser un zopilote y volar, muy suavemente como vuelan los zopilotes, hasta dejar atrás aquel pueblo donde no sucedía nunca nada interesante.

Una vez vinieron los Reyes Magos y le trajeron un libro lleno de monitos donde se contaba historias de piratas que recorrían las tierras y los mares más raros que tú o yo hayamos visto. Desde entonces no tuvo otro quehacer que estarse leyendo aquella clase de libros donde él encontraba un relato parecido al de sus sueños.

Se volvió muy flojo. Porque a todos los que les gusta leer mucho, de tanto estar sentados, les da flojera hacer cualquier otra cosa. Y tú sabes que el estarse sentado y quieto le llena a uno la cabeza de pensamientos. Y esos pensamientos viven y toman formas extrañas y se enredan de tal modo que, al cabo del tiempo, a la gente eso le ocurre se vuelve loca.

Aquí tienes un ejemplo: yo.

Pero hay algo más. Al muchacho este del cuento que te estoy contando lo salvó la campana en aquella ocasión. Se le murieron sus papás. Casi los dos al mismo tiempo. Y lo dejaron pobre. Eso fue lo que lo salvó. Porque si lo hubieran dejado rico, como era quizá su cálculo, ahorita sería uno de esos tipos borrachos que andan en coche por las calles atropellando a todo mundo. O ya se hubiera muerto, fastidiado de la vida. Con lo desesperado que es, eso le hubiera pasado.



[...] Tú ya sabes cómo soy yo de despilfarrador, cómo ando por aquí y por allá comprando cuanto libro o papel encuentro. Y me pasa siempre lo mismo; cada día peor y todavía peor para gastar la lana en cosas inútiles. Bueno, pues ahí tienes que de un día para otro me llegó el remordimiento y dije que iba ahorrar lo más que pudiera. Me puse a hacerlo, primero con muchos trabajos y después un poco mejor. Pasaba por las librerías y cerraba los ojos. (No sé por qué, pero siempre por donde yo ando, camino o vagabundeo, encuentro librerías.) En lo que nunca me fijo es en las zapaterías, camiserías o donde quiera que vendan trapos de esos que la gente usa para vestirse.

Ahorré un poquito, no mucho. Y como siempre me sucede, ese dinero me estaba quemando las bolsas. Entonces fui y lo guardé en un banco que está cerca de la compañía. Allí lo dejé y pensé no acordarme más de él. Veía muchas cosas que quería comprar (libros), pero me hacía el disimulado y me aguantaba. Yo les decía a mis ojos que vieran para otro lado; que aquello, lo que fuera, estaba más interesante. Sin embargo, por las noches, mi conciencia veía libros y revistas llenas de fotografías y no me dejaba en paz.

Una noche en que estaba piense y piense se me ocurrió que si yo compraba unos diez billetes de lotería podría atinarle de algún modo. Antes había comprado uno o dos cuando más, pero diez al mismo tiempo era distinto. Fue entonces cuando se me metió lo loco y saqué el dinero y lo cambié por billetes enteros del uno al cero. Gastar o no gastar, me decía mi tía Lola. Estoy fue hace unos doce días.

No me dio coraje saber al día siguiente que no me había sacado nada. No, ni siquiera me dolió haber tirado así tantos aguantes. De un billete me devolvieron lo que me había costado, pero los otros nueve no tuvieron esa suerte. Así estuvo. Con todo, me sentí mejor, más tranquilo, y sé que con eso me quisieron decir que me pusiera a trabajar con más ganas.

[...] No me he emborrachado ni me he portado mal, así que usted esté tranquila por ese lado”.

He buscado tantos libros para conocer a Juan Rulfo, he releído sus cuentos, su principal novela, todo lo que dejó escrito. Lo entiendo, cuando afirmó que su novela “El Gallo de Oro” no lo había dejado satisfecho, esa historia terminó en un guión para cine y para novelas, y él ya no supo que más hacer con ese texto. Aunque la trama es asombrosa, las vidas de Dioniso Pinzón y la Caponera pertenecen totalmente a la especie de los humanos desafortunados de la atmósfera rulfiana, pero el texto como que fue apresurado, no tuvo la calma para escribir las cosas como lo hizo en “Pedro Páramo”.

Juan Rulfo nació para escribir “Pedro Páramo”, no más. No se entiende por qué lo atormentaron tanto pidiéndole más. Ya nos había dejado La Novela mayor para un continente, para todos los tiempos de nuestros muertos.

Encontré en la biografía de Alberto Vital una cita de Rulfo, que creo yo, resume su esencia:

“Pienso que en lugar de ponerme a escribir [Pedro Páramo] debí haber ido a emborracharme, cosa que hice cuando terminé la novela; pero viendo los resultados, sigo pensando que mejor hubiera sido agarrar una papalina y dejar en paz a Pedro Páramo. No sé, tal vez fue hasta cierto punto una especie de embriaguez la que sentí mientras contaba ese largo cuento de Comala”.

Hace mucho tiempo ando tras Juan Rulfo, lo seguiré hasta donde sea necesario.